

LIBROS

Heinrich Böll: de la elegía a la sátira

Posiblemente ningún otro escritor alemán de posguerra —si exceptuamos al siempre controvertido Günter Grass— haya obtenido dentro y fuera de su país una repercusión tan masiva y favorable como Heinrich Böll. Desde que en el año 1950 publicaba su primera novela —«¿Dónde estabas, Adán?»—, el nombre de Heinrich Böll ha venido ocupando un lugar privilegiado en el panorama de la narrativa alemana contemporánea. Nacido en Colonia en 1917, octavo hijo de un modesto carpintero y constructor de puentes, soldado en la segunda guerra mundial (en la que fue herido dos veces) y prisionero de las tropas aliadas hasta septiembre de 1945, Heinrich Böll comenzó sus actividades literarias durante los años posteriores al armisticio. En 1951 obtenía el premio de novela instituido por el célebre Grupp 47, de Múnich; en 1953, el de la crítica alemana; en 1955, el de la «Tribuna de París»; tres años más tarde, el del Estado del Nordrhein-Westfalen; en 1961, el Premio de Literatura de Colonia... Esta fulgurante carrera, acompañada además por un creciente éxito editorial —la novela «Opiniones de un payaso» ha batido, junto con «El tambor de hojalata», de Günter Grass, todos los records de venta en las dos Alemanias—, se ha visto oficialmente avalada por la propuesta de Heinrich Böll como candidato al Premio Nobel de Literatura.

Heinrich Böll es, por otra parte, uno de los autores alemanes más leídos en España. Sin embargo, es de temer que el lector español se haya sentido en algún momento desconcertado por los cambios de trayectoria perceptibles en la producción novelística de Böll. Una de las causas de ese posible desconcierto radica, a mi entender, en un simple problema de dosificación edi-

torial: la lectura de Heinrich Böll ha sufrido las consecuencias de un desorden cronológico. Así, por ejemplo, novelas como «El tren llegó puntual» o «El pan de los años mozos», pertenecientes a la primera época creadora de su autor, nos han llegado muy recientemente, con casi diez años de retraso respecto a obras escritas posteriormente, como «Los silencios del doctor Murke y otras sátiras» o «La aventura y otros relatos», en las que el primitivo realismo de Böll se ha ido transformando en un estilo irónico e imaginativo, mucho más intelectual y elaborado que en los productos narrativos del

nas, el mercado negro, el hambre, la vergüenza colectiva, las culpas individuales, los cercanos y estremeceadores recuerdos de un lustro maldito. El personaje central de «El pan de los años mozos», el joven mecánico Fendrich, vive obsesionado por la concreta reminiscencia del hambre; el soldado Andreas, protagonista de «El tren llegó puntual» (en mi opinión, una de las narraciones más bellas y patéticas de Böll), sabe que camina hacia una cita irrevocable con su propia muerte; los pequeños huérfanos de «Casa sin amo» asisten con desesperado estupor a la imposible reanudación de unas vidas desmor-

tina para humedad es "humor"—, sin olvidar que nuestros ojos pueden llegar también a secarse o mojarse, pues existen cosas en las que no hay lugar para el humor.

Al final de la década de los cincuenta, las circunstancias objetivas se han modificado: Alemania ya no es un país en ruinas, sino una nación opulenta. Y por otra parte, Heinrich Böll se ha convertido, al menos desde una perspectiva pública, en un «intelectual». Su condición de escritor católico comprometido le obliga a tomar una actitud militante. «Los silencios del doctor Murke y otras sátiras» (1958) denuncian ya un cambio de enfoque en el procedimiento narrativo de Böll. Ese «humor», presentado en el manifiesto de 1952, se constituye en eje y armazón básico del estilo de Böll. Las contradicciones e injusticias de la nueva sociedad alemana no son material aprovechable para una elegía; en cambio, pueden ser objeto de una sátira. Heinrich Böll depone su actitud pasiva y arremete contra las bases de la sociedad del bienestar. Ya no se trata de llorar por un pasado inevitable, sino de delatar las trampas de un presente susceptible de peligrosas evoluciones futuras. En la novela «Billar a las nueve y media» (1959), el «sacramento del Búfalo», personifica esa actitud opresiva e inhumana de quienes atropellan cotidianamente los principios más elementales de la libertad y la convivencia. Heinrich Böll extiende su actividad a otros campos expresivos: sus charlas y comentarios ante los micrófonos de la emisora de Colonia —recogidos más tarde en el volumen «Erzählungen · Hörspiele · Aufsätze» (1961), cuya primera parte (exclusivamente narraciones) ha sido traducida al castellano bajo el título de «La aventura y otros relatos»— producen un impacto terrible en los ánimos de la oronda «Philisterei» alemana, hasta el extremo de ser prohibidos por la censura oficial del Estado. Sin embargo, Heinrich Böll continuará ejerciendo la sátira. Hans Schnier, el protagonista de la novela «Opiniones de un payaso» (1963), es un instrumento de carne y hueso que Böll utiliza para criticar con extrema dureza —adornada por una brillante

capa de ironía— las estructuras y fallos del catolicismo alemán. «Acto de servicio» (1966) es la historia de un extraño proceso cuyos culpables son, en definitiva, todos los miembros de la sociedad germana contemporánea.

Se ha dicho, y no sin cierta razón, que la calidad literaria de esta segunda etapa creadora de Heinrich Böll es notablemente inferior a la de la primera. Heinrich Böll no es un «intelectual» en el sentido estricto de la palabra, y por ello alcanza sus mejores momentos estilísticos cuando, absteniéndose de teorizar, se dedica simple y llanamente a narrar. Pero Böll no puede, a estas alturas, destruir su propio mito. El escritor alemán —desde Goethe a Mann, desde Grimmelhausen a Musil, Schiller a Brecht— no ha sido nunca escritor a secas, sino, además, un poco filósofo e ideólogo; es decir, «humanista» en la acepción más rigurosa del vocablo. Heinrich Böll, apresado en las redes de su circunstancia concreta, ha de elegir forzosamente entre representar su papel de oráculo insobornable o renunciar a un prestigio del que nacen incómodos compromisos. ■ **SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS.**

BIBLIOGRAFIA CASTELLANA DE HEINRICH BÖLL

- 1951: «El tren llegó puntual». Ed. Destino. Traducción: Julio F. Yáñez. Barcelona, 1971.
- 1954: «Casa sin amo». Ed. Seix Barral. Traducción: Margarita Fontseré. Barcelona, 1959.
- 1955: «El pan de los años mozos». Editorial Seix Barral. Traducción: Felisa Formosa. Barcelona, 1971.
- 1958: «Los silencios del doctor Murke y otras sátiras». Ed. Taurus. Traducción: Carmen Iruarte. Madrid, 1963.
- 1959: «Billar a las nueve y media». Editorial Seix Barral. Traducción: Margarita Fontseré. Barcelona, 1961.
- 1961: «La aventura y otros relatos». Editorial Seix Barral. Traducción: Margarita Fontseré. Barcelona, 1964.
- 1963: «Opiniones de un payaso». Editorial Seix Barral. Traducción: Lucas Casas. Barcelona, 1965.
- 1966: «Acto de servicio». Ed. Seix Barral. Traducción: Michael Faber-Kaiser. Barcelona, 1965.

Renovar a Freud

La obsesión por incorporar a Freud, renovándolo, a las corrientes políticas actuales es una fuente continua de ensayos. En los cuadernos Anagrama —que forman una de las más importantes colecciones breves de este momento— apa-



periodo inicial.

Mediante la posesión de unas escuetas claves cronológicas, es fácil advertir dos etapas diferentes en la evolución literaria de Heinrich Böll. Sus primeras novelas —«¿Dónde estabas, Adán?» (1950), «El tren llegó puntual» (1951), «Casa sin amo» (1954), «El pan de los años mozos» (1955)...— están marcadas por el signo del realismo. No hay en ellas fantasía ni sarcasmo, sino tan sólo una constante intencionalidad testimonial. Son novelas escritas durante los años inmediatos a la posguerra, y por sus páginas desfilan los más tristes espectros de la época: las rui-

nadas por el destino. Heinrich Böll contempla las situaciones, los objetos y los seres a través de un prisma de dolorosa impotencia; renuncia a juzgar y se limita a dar fe; enfrentado a una realidad monstruosa, su testimonio se convierte en elegía. En un ensayo-manifiesto escrito en 1952 —«Bekanntnis zur Trümmerliteratur» («Adhesión a la literatura de ruinas»)—, Heinrich Böll declara: «El ojo del escritor debería ser humano e insobornable... Nosotros queremos ver la realidad tal como es, con un ojo humano que normalmente no está ni seco ni mojado, sino húmedo —y recordemos que la palabra la-

recen ahora dos libritos de necesaria lectura. Uno es «Marx y Freud», de Robert Kalivoda, y el otro, «La institución del análisis», de varios autores. La busca de esta especie de piedra filosofal de los pensadores modernos con doble vocación, que es la reconciliación entre Marx y Freud (uno de ellos, francés, terminó suicidándose), suele ser una inmensa fuente de confusión. El checo Kalivoda es de los más claros y fructíferos, y utiliza su capacidad de síntesis sobre todo para ensalzar la libertad de criterio y de pensamiento. En el otro cuaderno, «Institución del análisis», François Gantheret hace también una aproximación del freudismo y el marxismo basada, sobre todo, en las dos obras más «políticas» de Freud —«El porvenir de una ilusión» y «El mal estar en la cultura»—, y René Loureau considera una de las claves de la doctrina marxista —la teoría de la división del trabajo— a la luz del psicoanálisis. Es preciso mencionar aquí a Ramón García, que dirige con gran acierto la sección psicológica de estos cuadernos. ■ H.

Algo más que un boletín

El «Boletín Informativo de Ciencia Política», publicación trimestral adscrita a la cátedra de Teoría del Estado en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Madrid, alcanza ahora su séptima entrega. Con un incremento notable en paginación y, según creemos, en tirada respecto a los primeros números, este ejemplar del «Boletín...» registra asimismo un buen nivel en cuanto a las colaboraciones, destacando en la sección de estudios, el trabajo de Manuel García Pelayo sobre los tipos representativos, como contribución a la metodología de la ciencia política, y los tres extensos artículos que, en el marco de la historia de las ideologías, dedican Raúl Morodo, Pedro de Vega y Julián Santamaría al socialista español Luis Araquistáin, a Gaetano Mosca y a la República de los Iguales de Baboef, respectivamente. Desde nuestra perspectiva, subrayaríamos la importancia del artículo relativo a Araquistáin, para conocer la evolución de la mentalidad regeneracionista y la excelente sistematización a que en el trabajo sobre Baboef se someten los componentes de su ideología presocialista.

Cierran el número las habituales secciones de notas, bibliografía y crítica. ■ A. E.

Un antiguo problema: el indoeuropeo

A partir de sus comienzos, en 1816, como ciencia particularizada, el objetivo primario de la lingüística comparada se centró en la investigación de las lenguas, en busca del posible parentesco entre las mismas. De las dos hipótesis que encauzaban las investigaciones: la existencia de una comunidad originaria posteriormente escindida y la existencia de pueblos diversos que por su proximidad espacial y temporal llegaron a hablar lenguas similares, prevaleció la primera, encaminándose las investigaciones hacia los hipotéticos rasgos (cultura, religión, raza, arte, religión) que caracterizarían tal comunidad originaria y común.

En el ámbito de la familia lingüística indoeuropea, extendida desde la India hasta el Occidente europeo, los datos apuntan hacia un pueblo originario y unitario cuya existencia se situaría hacia el 3000 antes de Cristo, y cuyos emplazamientos fundamentales estarían localizados en el área danubiana, en la nórdica y en algunas zonas asiáticas no muy bien definidas. Con respecto a la raza, sin embargo, la teoría de una única raza hablante del indoeuropeo se desechó a favor de un conglomerado étnico (una raza asiática de tipo braquicéfalo, un pueblo de pastores euroasiáticos —los Cro-Magnon— y los portadores de la cultura megalítica), cuya única fuente susceptible de investigación cultural vendría dada por la paleontología lingüística. Tal disciplina trabaja sobre grupos de palabras que denotan realidades similares, de los que deducen un léxico indoeuropeo que a su vez esboza una situación y unos niveles culturales singularizados.

Sobre estos presupuestos generales viene a incidir el libro del profesor Francisco Villar, *Lenguas y pueblos indoeuropeos*, publicado recientemente por Ediciones Istmo.

El profesor Villar inicia su trabajo con una información histórica sobre el planteamiento del problema indoeuropeo, elaborando una crítica de la metodología tradicional empleada por la paleontología lingüística, limitando el alcance de sus conclusiones. En cuanto a la cuestión medular del problema, pone en duda la hipótesis primordial de un pueblo originario con una lengua originaria, siguiendo en su exposición las hipótesis de trabajo del profesor Bosch Gimpera. Según éstas, los núcleos originarios fundamentales serían dos: el danubiano centro-europeo (lenguas indoeuropeas occidentales: latín, celta) y el



Cabezas equinas en diorita. Cultura de los Kurghanes, posiblemente indoeuropeas.

póntico-caucásico (lenguas indoeuropeas orientales: indio, iranio), de los que que derivarían tres núcleos accesorios: el nórdico (germánico) y el dinárico (etitas y griegos), del primero, y la cultura de las estepas (iranios menores escitas, cimérios y sármatas), del segundo.

Tras la descripción de las lenguas indoeuropeas, el profesor Villar pasa a examinar, desde el punto de vista histórico, los pueblos indoeuropeos y su posible identificación con núcleos prehistóricos innominados («pueblos de las urnas», «cultura de Wessenstedt», etcétera), investigando los elementos de que participan las lenguas descritas, según una crítica del método comparativo y una exposición de los elementos de acuerdo a su clasificación en fonéticos y morfológicos. Quizá sea esta última

parte la más técnica, la que resulte más intrincada para el lector poco avezado, que, no obstante, se habrá desenvuelto sin mayores problemas a lo largo del libro, para cuya cabal comprensión puede muy bien prescindir de ella o acudir al glosario final del volumen.

Lenguas y pueblos indoeuropeos constituye, pues, un nuevo empeño por clarificar y divulgar una cuestión siempre polémica y sujeta a controversias, las más de las veces por motivos ajenos a los estrictamente científicos y afectos a extrañas emotividades, quizá subconscientes. Por eso es importante su publicación, y por el hecho de ser su autor uno de los más jóvenes científicos dedicados a la materia, profesor de la Universidad de Madrid, que obtuvo sobresaliente *cum laude* con su tesis doctoral «Origen de la flexión nominal indoeuropea». ■ CH.

Sociología de las nacionalidades

Julio Busquets acaba de publicar este didáctico libro. El lo dirige a estudiantes. Pero bien estaría en los estantes de todo español de cultura media.

Con él se percataría de algunos datos básicos para desarrollar su conciencia política. Si el hombre es un «zoon politikon», no tiene más remedio que adquirir una conciencia inteligente de su condición y orientarla.

Y libros como el de Busquets pueden servir para ello.

La primera cosa que nos recuerda es importante (incluso decisiva): «No existe un concepto universal de nación válido para todos los pueblos y todas las épocas».

Después son muchas las cosas que aprendemos o volvemos a recordar, lo mismo de orden intelectual que pragmático. Porque el autor sabe dosificar ambas cosas con habilidad.

Ciertas pinceladas bastan para caracterizar nuestra ambivalencia histórica: «En España —dice—, frente al "Dios, Patria, Fueros y Rey!", lema de los carlistas y resumen del ideario conservador, alzaron los liberales el "¡Viva la nación!" y "¡Viva la Constitución!" como resumen de los ideales de la burguesía».

¿Cuál fue la actitud de la Iglesia española ante ello? «La Iglesia bendijo el patriotismo y condenó el nacionalismo, quizá porque el término patria era usado por los defensores de un orden tradicionalista-clerical y el de nación por los liberales, que inicialmente eran anticlericales». Pero, sobre todo, yo creo que fue porque la Iglesia —institución con muchos siglos de existencia a cuestas— se volvió una pesada estructura estática que se alia —por autodefensa— con todo lo que era conservador y antiprogresivo.

Me fijo principalmente en los aspectos religiosos del libro (aunque habría que dedicar igualmente otro comentario a las demás dimensiones, igualmente interesantes). Recuerda Busquets tres cosas: la primera es «la influencia, en general, de los santuarios religiosos en el hecho nacional o regional», y a renglón seguido nos dice que «la influencia de la religión en la vida de los pueblos es aún actualmente muy importante en los países subdesarrollados». Para terminar diciendo que «el poseer una religión nacional es una tentación muy generalizada entre los gobernantes más o menos nacionalistas, y cuando esto no es posible se intenta a veces tener una religión oficial o estatal: el galicanismo francés, el anglicanismo inglés y el josefismo austrohúngaro son nuevos ejemplos de un mismo suceso histórico».

¿Qué le pasa a la religión con ello? «Como es lógico, la religión que se preste a ello paga un precio prohibitivo, pues pierde toda posibilidad de universalismo al comprometerse con un Estado».

Respecto a las guerras, recuerda la afirmación de Kelsen de que las contiendas religiosas son consecuencia de nacionalismos religiosos, y que «es el factor nacionalista más que el religioso el que aporta la belicosidad». Lo que ocurre es que lo religioso frecuentemente bendice al nacionalismo exacerbado o éste se pone bajo la protección religiosa. Así, en la primera guerra mundial, los predicadores alemanes afirmaban frecuentemente en sus sermones: «Gott mit uns» («Dios está con nosotros»).

Es muy curioso el acercamiento que hace entre el li-